

XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza, 2013.

# **Los historiadores y la política: presente y pasado, tensiones y conflictos.**

PEIRÓ MARTÍN y Ignacio.

Cita:

PEIRÓ MARTÍN y Ignacio (2013). *Los historiadores y la política: presente y pasado, tensiones y conflictos*. XIV Jornadas Interescuelas/Departamentos de Historia. Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras. Universidad Nacional de Cuyo, Mendoza.

Dirección estable: <https://www.aacademica.org/000-010/1006>

*Acta Académica es un proyecto académico sin fines de lucro enmarcado en la iniciativa de acceso abierto. Acta Académica fue creado para facilitar a investigadores de todo el mundo el compartir su producción académica. Para crear un perfil gratuitamente o acceder a otros trabajos visite: <https://www.aacademica.org>.*

**XIV Jornadas  
Interescuelas/Departamentos de Historia  
2 al 5 de octubre de 2013**

**ORGANIZA:**

Departamento de Historia de la Facultad de Filosofía y Letras

Universidad Nacional de Cuyo

Número de la Mesa Temática: 117

Título de la Mesa Temática: Visiones del futuro: las culturas políticas en acción (ss. XVIII-XX)

Apellido y Nombre de las/os coordinadores/as: Marta Bonaudo y Carmen García

**TÍTULO DE LA PONENCIA**

**LOS HISTORIADORES Y LA POLÍTICA: PRESENTE Y PASADO, TENSIONES Y CONFLICTOS**

*Apellido y Nombre del/a autor/a:* Carlos Forcadell Álvarez e Ignacio Peiró Martín

*Pertenencia institucional:* Universidad de Zaragoza (España)

*Correo electrónico:* cforcade@unizar.es / ipeiro@unizar.es

## Introducción

La práctica historiográfica, como cualquier ámbito de conocimiento, tiene dos destinatarios principales, la propia profesión y el conjunto de la sociedad, el público en general. Si convenimos en que la profesionalización de los historiadores, a partir de los estados modernos y de las universidades europeas y americanas, constituye un proceso iniciado hace poco más de un siglo, nos resultará evidente que los relatos del pasado, la historia, antes de ser objeto de cualquier tipo de normativización epistemológica y corporativa en el mundo contemporáneo, fueron construidos en muy estrecha dependencia del poder, de los poderes políticos y del orden social, en una relación tanto más directa y dependiente en la medida en que las sociedades tradicionales se caracterizaban por carecer de una esfera de opinión pública autónoma a tener en cuenta.<sup>1</sup>

Pero todo orden social o sistema político se ha preocupado en su momento de construir relatos históricos que proporcionaran sentido al orden existente y lo transmitieran a los fieles de las iglesias o a los súbditos de las monarquías y de los imperios. Los *usos de la historia* en el pasado, en ese sentido, han acabado por constituirse como un objeto historiográfico tan específico como relevante para el presente y el futuro del conocimiento histórico y de nuestra profesión de historiadores, aunque como práctica distan mucho –usos y abusos– de ser recientes; fueron el eje de cualquier propuesta de relatar el pasado desde los inicios de la historia, un uso a través del tiempo y del espacio del que «si puó dire che sia nato con la nascita della storia como attività conoscitiva» (Gallerano, 1995: 7).

Príncipes, papas y soberanos no necesitaron teorizar mucho para captar, promover y ordenar los relatos del pasado más convenientes para asegurar su legitimación, fundamentar sus propias políticas, hacer pura propaganda de sus acciones, desde Carlomagno, que parecía muy preocupado por cómo se redactaban los Anales de su propio reinado, hasta Jaime el Conquistador que dictó literalmente su *Llibre dels feits del rei Jaume* (1276), la primera de las grandes crónicas de la Corona de Aragón, como las que escribieron funcionarios reales sobre la Corona de Castilla, o los posteriores cronistas de Indias; había nacido la historia por encargo y el cargo de historiador oficial, elegido y pagado por la Corona. Napoleón fue un excelso y moderno caso de calculada estrategia comunicativa y narrativa para dejar buena memoria e historia de sí mismo.

---

<sup>1</sup> Esta ponencia se integra en el Proyecto de Investigación HAR2012-31926, *Representaciones de la Historia en la España Contemporánea: Políticas del pasado y narrativas de la nación (1808-2012)*, del Ministerio de Economía y Competitividad, dirigido como investigadores principales por Ignacio Peiró Martín y Carlos Forcadell Álvarez

## **El siglo de la Historia: eruditos y académicos del diecinueve**

La primera historia erudita y crítica había comparecido en los albores de la época moderna, cuando los soberanos, y también la alta nobleza, comenzaron a encargar a expertos eruditos la tarea de autenticar documentos legitimadores de jurisdicciones y derechos, de distinguir los diplomas verdaderos de los falsificados, y de aquí viene el sentido de considerar al «gran Mabillon», al menos desde Francia, como el precedente y fundador de la crítica histórica, un benedictino encargado por Luis XIV y su ministro Colbert de documentar históricamente y fundamentar verazmente las pretensiones expansivas de la monarquía y de su reforzado estado (Barret-Kriegel, 1988). Poco después llegaron las naciones y los esfuerzos políticos por ilustrar el pasado de las mismas y construir unas culturas históricas nacionales, convirtieron la modalidad del *viaje documental* en una experiencia significativa en la vida de los más grandes «monumentalistas» de toda Europa (en el caso español, destacaron los «viajes literarios» de Pascual Gayangos).

Al calor de las empresas político-culturales promovidas por los principales estados europeos en los años de paz que siguieron a los tratados de Viena (aunque, los primeros y principales fueron los alemanes), la actuación de aquellos activos «rastreadores de documentos» no sólo fue importante por la cuestión de la conservación, identificación y ordenamiento del patrimonio documental. Es decir, para la organización de los *archivos históricos de las naciones* (con su deriva facultativa y la institucionalización de la *archivonomía* en tanto técnica de trabajo, materia auxiliar y precedente disciplinar de la *archivística* como ciencia que se fraguó en la vida de la cultura internacional a partir de la década de 1930). En un tiempo de creciente prestigio del *academicismo* como modelo de institucionalización de las nacientes *culturas nacionales*, también lo fue porque la combinación del gusto romántico, con la tradición positiva y los valores patrióticos, provocó la aparición y legitimación de una nueva mentalidad erudita cada vez más extendida. Y, en ese orden, situaron la *verdad histórica* en el corazón mismo de las condiciones «científicas» necesarias para la construcción disciplinar de la historia (y, como tal, enfrentada a las leyes de la *veracidad poética* y la *retórica* que, desde muchos siglos antes, vinculaban los escritos históricos con la literatura y el arte).

En fin, una labor, la del historiador, de establecer la *verdad* de los documentos, de apariencia sencilla vista desde hoy, cuando de lo que se trata es de algo bastante más complejo. Hoy, la atención y reformulación reciente del tema de los *usos públicos de la*

historia viene siendo causa y materia de vivos e interesantes debates historiográficos y, por tanto, constituye una perspectiva necesaria desde y para la investigación y la construcción de la historia, en la medida en que, como observaba alarmado Eric J. Hobsbawm en su autobiografía:

las presiones políticas que sufre la historia a manos de los estados y los regímenes nuevos y antiguos, de los grupos de identidad (...) son en la actualidad más fuertes que nunca, y la sociedad mediática moderna ha dado al pasado una preeminencia y un potencial mercantil sin precedentes. La historia está siendo revisada o inventada hoy más que nunca por personas que no desean conocer el verdadero pasado, sino solo aquel que se acomoda a sus objetivos. La actual es la gran era de la mitología histórica. La defensa de la historia por sus profesionales es en la actualidad más urgente en la política que nunca. Nos necesitan (Hobsbawm, 2002: 273)

Un gran convencido, como tantos profesionales y maestros, de la utilidad de su oficio y de sus saberes, de la necesidad de distinguir, como los documentalistas del Rey Sol, entre un pasado veraz y verdadero y un pasado falseado por intereses, más visibles u ocultos, que el conocimiento histórico debe de contribuir a desvelar.

Además todos tenemos y todos han tenido concepciones específicas y diversas del pasado. La elaboración y la aplicación del concepto de *cultura política* que orienta el título de esta sesión ha otorgado especial importancia a las visiones del pasado y a las concepciones sobre el futuro que caracterizan a las distintas actitudes y culturas políticas; implican una lectura compartida del mundo, del presente, del futuro y del pasado. No hay cultura política sin la puesta en acción de esa particular alquimia que transforma los acontecimientos del pasado en armas del presente, reducidos generalmente a sus formas de leyenda, símbolo, lema, slogan..., instrumentos visibles de creencias y doctrinas básicas que son lo que final y realmente moviliza y determina, y explica las diversas acciones políticas colectivas concretas, sustentadas en buena medida por sentimientos y emociones que engarzan peculiares visiones de pasado y de futuro. Un jacobino, un legitimista, un radical demócrata, un liberal conservador, un internacionalista de primera hora, sin salir del siglo XIX, un republicano, un fascista, un comunista, en la España de los años treinta, entienden y codifican el pasado de una manera determinada, enlazada con su práctica y acción política o su proyecto de futuro. No es solo una memoria militante, que también, en origen es una comprensión concreta y sinceramente vivida del pasado, aprendida por la experiencia propia, o por la transmitida por otros, que se asienta sobre una concepción y una escritura de la historia concretas y determinadas.

Si el republicano Castelar, a la hora de justificar su voto negativo a la Constitución de 1869 que establecía la monarquía democrática, se remontaba al modelo de los jacobinos franceses de 1791, a los derechos individuales que allí quedaban «expresos y grabados antes de la Constitución», y volcaba su oratoria y sus conocimientos de historiador para sostener que «no conozco una vulgaridad más insigne que la de decir que la Nación española es una Nación esencialmente monárquica», su amigo, contrincante y compañero en la Real Academia de la Historia, Antonio Cánovas del Castillo, enarbolaba su conocimiento y comprensión del pasado para defender el convencimiento político de que «la libertad, la religión y la monarquía, preciso es estar ciego para no verlo, son los tres grandes y fundamentales sentimientos de que está poseída la Nación española», votando, consecuentemente y por otras razones contra la Constitución que quedaba aprobada en aquella sesión. Dos visiones distintas del pasado que fundamentaban proyectos políticos bien diferentes, pero también la existencia de una *cultura nacional española*, liberal, plural, multiforme y compartida (*Diario de Sesiones de las Cortes*, 7 y 8 de abril de 1869). La oratoria, los libros, todos los medios de comunicación de las sociedades liberales del XIX utilizaban la historia para dirigirse, prescribiendo o proscribiendo, que diría Bourdieu, a una primera, si bien que reducida, opinión pública, en cuidada y creciente atención a las exigencias nacionalizadoras del Estado liberal. Ante la Cámara española, Castelar teatralizó lo que él llamaba «su elección» paseando por la historia universal: «yo pertenezco a la Agora de Atenas, yo pertenezco al Foro romano. Yo he luchado en Holanda contra Felipe II, he vivido en medio del arte de las ciudades italianas, he razonado con Washington y he asistido en espíritu a la Convención: vosotros seréis cortesanos, pero no me quitaréis jamás mi culto a la República».

### **Los historiadores en el siglo XX: la transformación estructural de la vida pública**

El seguimiento, la descripción, el tránsito del historiador por los usos de la historia hasta aquí, resulta relativamente sencillo, en la medida en que son patentes, diáfanos, casi inocentes, contemplados y estudiados desde hoy. Las cosas se van complicando conforme avanza el siglo XIX. Los nuevos escenarios y modos de hacer política a partir del siglo XIX van a significar una especial potenciación de la presencia de la historia en el discurso público. La *transformación estructural de la vida pública* que significó, en términos de Habermas, el advenimiento de la sociedad burguesa, implicó la aparición y constante expansión de una esfera pública en la que convivían, para persuadirse o combatirse, diferentes modos de comprensión del pasado.

Así pues, siempre y a lo largo del tiempo y del espacio se ha venido haciendo uso público y político de la historia de maneras muy diversas y con diversos fines, de la

legitimación de dinastías al acarreo de diplomas por los benedictinos, una historia al servicio del poder, tal como la contemplaba Maquiavelo, como «ancilla scientiae politicae», en el mejor de los casos, desde las vehementes retóricas plurales, libres y concurrentes de los Parlamentos hasta la sistemática manipulación de las dictaduras. Conviene subrayar las enormes diferencias existentes entre utilizar la historia al servicio del liberalismo o la democracia, o hacerlo para legitimar las dictaduras, ya en el siglo XX. Pero los primeros historiadores académicos y universitarios alemanes y franceses, liberales de su siglo, ya tuvieron ocasión de pecar usando sus historias nacionales para justificar y explicar la guerra francoprusiana, iniciando el camino que iba a llevar a compatibilizar las convicciones positivistas y «científicas» de los nuevos y orgullosos «profesionales» y guardianes de la historia con la propaganda nacionalista más desenfadada a la que los historiadores de los dos bandos se dedicaron durante la primera guerra europea de 1914 a 1918, una tarea naturalmente continuada como deber patriótico en su posterior colaboración como expertos en los tratados de paz (Stern, 2003: 211-235). A estas alturas, sometida la historia a un abuso sistemático al servicio de los intereses de las potencias beligerantes, los historiadores podían entender y defender que la historia era una ciencia, como la química, pero también tenían el firme convencimiento de que el patriotismo era una virtud al que había que subordinar la ciencia, nacional y nacionalizada. Más aún, para el caso de la Francia de la Tercera República, con todas sus variantes, los metarrelatos de la nación presentaban una evidente dimensión política: servían para fortalecer el sentimiento de pertenencia y, también, para construir la historia de la República como el coherente resultado de una gran historia. El patriotismo se introdujo en el corazón del sistema escolar, convirtiéndose en una especie de «religión cívica». La historia enseñada tenía una dimensión patriótica muy marcada, con evoluciones y debates, sobre todo después de la Primera Guerra Mundial (Offenstadt, 2009: 12-13). Después de 1945, ese aspecto, bastante inquietante, de las prácticas de los historiadores que les hacía «organiser le passé en fonction du présent» (Febvre, 2009: 373), penetró en lo más profundo de la disciplina, marcando los desarrollos de las diferentes comunidades profesionales.

Y todo eso, hasta alcanzar el inmediato presente del siglo XXI en cuyo transcurso los asesores del Pentágono y de la Casa Blanca han recurrido a tópicos históricos y conscientes manipulaciones de la historia para justificar las más recientes intervenciones bélicas de los Estados Unidos, al igual que hicieron en el pasado los especialistas a sueldo, historiadores y antropólogos, al servicio de holandeses en Indonesia, británicos en la India o franceses en Indochina, como estableció Edward W. Said desde su libro *Orientalismo* (1978), marcando el camino a los posteriores estudios postcoloniales. Ya en nuestros días los máximos responsables de la política norteamericana han llegado a recurrir a guionistas de Hollywood para fabricar historias convincentes con las que explicar a soldados y opinión pública la necesidad de la intervención militar en Irak y Oriente Medio, con el objetivo manifiesto de

transformar la realidad en una ficción útil, de suministrar técnicas contrastadas para «ficcionalizar la realidad» (Salmon, 2011: 157ss).

En paralelo, los políticos creaban los medios para la «invención del historiador experto» y la promoción pública de los «historiadores cortesanos» de todo tipo que aceptaban la gestión de las distintas políticas culturales y políticas de la memoria en calidad de especialistas del pasado (Dumoulin, 2003: 25-146). Una proliferación de peritos y técnicos-memorialistas que, desde luego, ha impulsado el desarrollo de una multiplicidad de aspectos del oficio del historiador, directamente implicados con el mundo de la sociedad civil e inseparables de la denominada «estética de la distracción», como pueden ser la invasión del amateurismo, la creación de espacios culturales y el mostrar versiones de la historia destinadas al puro entretenimiento y la evasión («historia de consumo», *Histotainment*) (Hardtwig, 2010: 18 y 48; Groot, 2009: 103-232 y 236-247). Pero, sobre todo, ha servido para convertir la noción de *patrimonio* en la clave que sustenta el escenario sobre el que se despliega el espectáculo contemporáneo de la *memoria* y la *conmemoración* (Peiró Martín, 2004: 179-205; 2008: 223-230).

### **Cultura nacional y profesión de historiador en España (1900-1975)**

La relación entre historia y política, los usos públicos y políticos de la historia, comienzan a situarse en un escenario de mucha más complejidad a partir de comienzos del siglo XX, aproximadamente, porque los círculos de la opinión pública se agrandan constantemente, como se profundizan los procesos de democratización, a la par que la presencia de las masas en la sociedad, en la política y en los estados; y también porque simultáneamente se consolida y extiende la profesionalización del oficio de historiador.

La *profesión de historiador* en España apenas cuenta con poco más de cien años de historia (Peiró Martín, 2013a: 261). Sin embargo, se trata de un pasado «ausente» y casi «olvidado» por la reciente historiografía profesional. Esta ausencia, no sólo debemos entenderla como un reflejo del rechazo de los historiadores españoles contemporáneos respecto a su propia tradición –que nunca ha funcionado como tal–; sino también de las incertidumbres derivadas del presente de la disciplina y el escepticismo conturbado acerca del significado de la profesión. Se trata ahora de conectar algunas preguntas surgidas de nuestra actualidad más inmediata con las respuestas establecidas por las generaciones que iniciaron su recorrido profesional, a partir de 1900.

Hasta entonces la realidad de la historiografía española se presenta ante nuestros ojos como algo heterogéneo, múltiple, en estratos apretadamente superpuestos. Un mundo decimonónico de academias, de escritores y eruditos pertenecientes a las «clases directoras», de liberales cultivados, políticos monárquicos y conservadores, progresistas y republicanos,



responsables de la creación de lo que debía ser la *cultura nacional española* (Peiró, 2006 y 2013b).

Por supuesto, cuando a principios del siglo XX se creó la profesión de historiador, los más importantes y brillantes partidarios de la «moderna historia», heredaron de sus precursores las obligaciones «nacionales» resultantes de la representación histórica de España. Sin embargo, los efectos provocados por el trauma de 1898 mezclados con las nuevas exigencias metodológicas de la disciplina, avivaron sus urgencias y les hizo sentirse diferentes. Vinculada a una concepción progresista de la «política pedagógica», dicha diferencia les llevó a plantearse la cuestión de la función social del historiador y la responsabilidad ética de la historia de variadas formas. Al fin y al cabo, su mirada cosmopolita les había otorgado la posibilidad de conocer la importancia de los valores patrióticos divulgados por sus colegas alemanes, franceses o anglosajones que pensaban la historia como un medio para impulsar la educación política nacional y la regeneración de sus distintos países.

Con todos sus contrastes y rasgos propios, las transferencias culturales relacionadas con la creciente internacionalización de la historiografía española otorgaron a la primera y casi única generación de profesionales del período la suficiente seguridad en su forma de estudiar el pasado para acusar tanto a la historiografía académica anterior como a los historiadores nacionalistas de las regiones. Ajustadas las cuentas con la vieja «historia de partido», de la primera criticaron el patriotismo y el pesimismo emanado de las «Leyendas de la Historia de España» y sus deficiencias para representar la historia de la nación; destilar de fábulas y quimeras el pasado se veía como una de las muchas responsabilidades del historiador español profesional (serio y riguroso). Y seguramente esto fue así, porque el compromiso con la *política de la historia* de esta generación, se sustentaba sobre la imagen del historiador como portador indiscutible de la verdad.

Sin duda, esta clarividente confianza en sí mismos contrasta con la ambigua percepción que se tiene en nuestros días de sus evidencias históricas y juicios morales realizados en nombre de la deontología profesional. Mucho más, cuando sabemos cómo, en la década de 1930, se fracturó el frágil consenso logrado entre aquellos *maestros* de la primera historiografía profesional española. En cualquier caso, las tensiones ideológicas se hubieran quedado en un problema derivado del proceso de institucionalización de la historia universitaria, si al mirar hacia adelante no existiera el fatídico verano de 1936 y un horizonte teñido de sangre en el que las armas del pensamiento fueron tomadas al asalto por las tropas de la irracionalidad y la violencia, convirtiendo la «guerra de ideas en España» en una experiencia abrumadora. Forjada por la desesperada tragedia de la muerte y sellada con el estigma indeleble de los vencidos, en la medida en que los «enemigos» pasaron a ser los mismos españoles, la imagen de la guerra civil como acontecimiento fundador de la nueva

España rompió en pedazos el puzzle de razones históricas y plurales expectativas políticas que, hasta entonces, componían la *cultura nacional española*.

La infinita dictadura del «Caudillo» se situó al margen de la historia al persistir de forma continua e incesante en perpetuar la profunda escisión de la idea de España. En tal sentido, el «mito de las dos Españas» que había atravesado el siglo XIX en plumas de escritores, pensadores y poetas, ardió en el patológico incendio «antiespañol» avivado sin medida por el nacionalismo reaccionario del «españolísimo» Francisco Franco Bahamonde. En la práctica, las nuevas doctrinas que se autoproclamaban como esencialmente nacionalistas, convirtieron la *historia nacional* en un principio sacrosanto y una cárcel para el futuro de la nación española. Y de la misma manera indecente con que el Nuevo Estado se encargó de congelar el pasado, de hacer olvidar o impedir tomar conciencia de la muerte de las otras partes de la nación, los historiadores franquistas extendieron el acta de defunción sobre la historiografía anterior tachándola de *liberal*. Como un fenómeno más del holocausto cultural sobre el que se asentó el régimen, la condición de historiador se vio privada de su pasado y de una parte importante de su presente.

Esta represión casi total de la profesión acabó con el *tiempo de las escuelas históricas*, creando una suerte de *primera hora cero* de la memoria profesional e iniciando el período de la *dictadura de los catedráticos* (convertidos en una especie de *mandarines* a la alemana y *pequeños dictadores* a la española). Una comunidad regida por los principios del mandarinato y definida por la obsolescencia de su academicismo, cuyas rigideces y jerarquizadas formas exteriores enmascaraban la extraordinaria vacuidad de una profesión regida por las líneas maestras de la sumisión.

#### **Perspectivas internacionales:**

##### **ética y responsabilidad profesional, compromiso ciudadano y función social de la historia**

Así las cosas, y para ir enlazando el pasado con el presente de nuestro tema, conviene retener que con la llegada del siglo XXI, la nueva coyuntura historiográfica marcada por plurales e intensos usos políticos de la historia, las crisis de las memorias nacionales y las dislocaciones provocadas por el ir y venir entre identidad y alteridad en el contexto de la globalización, además de diversos congresos y publicaciones dedicados a la responsabilidad, los juicios morales y la ética del oficio, una serie de historiadores críticos adoptaron una actitud precisa al justificar la utilidad colectiva de la historia profesional desde la voluntad, consciente o no, de enjuiciar el pasado del nazismo, la Segunda Guerra Mundial y, después de la caída del Muro de Berlín, del comunismo. Desde una perspectiva militante (bien diferente a la historiografía de partido y al revisionismo partisano), intentaron presentar la imagen ética del

historiador en su doble condición de protagonista social cargado de memoria y responsabilidad profesional, más allá de sus posiciones ideológicas. Ideas que, además de remitirnos a la mejor tradición de las ciencias sociales que vinculaba las variaciones individuales de los intelectuales con los patrones sociales de compromiso y distanciamiento, permiten poner sobre la mesa las diversas tomas de posición de los historiadores ante los acontecimientos límite que les ha tocado vivir en el siglo de la guerra total y la negación del Estado de derecho (Traverso, 2012)

En este sentido, debemos entender los compromisos, alertas y manifestaciones críticas contra los usos «mitoideológicos» de la historia y las manipulaciones de la memoria realizadas por historiadores como el francés H. Rousso, el norteamericano P. Novick (en su polémico *The Holocaust in American Life*, 1999) o el semiólogo de origen búlgaro T. Todorov para quien, «La historia complica nuestro conocimiento del pasado; la conmemoración lo simplifica, puesto que su objetivo más frecuente es procurarnos ídolos para venerar y enemigos para aborrecer. La primera es sacrílega; la segunda, sacralizante» (Todorov, 2002: 159). En esta línea se situarían, también, las actividades a favor de un código ético por parte de los miembros de la profesión impulsadas por el belga De Baets fundador, en 1995, de la *Network of Concerned Historians* (De Baets, 2009: 173-196). Y, en último término, las asociaciones de historiadores franceses creadas, en 2005, *Liberté pour l'histoire* (presidida por P. Nora) y el *Comité de vigilance face aux usages publics de l'histoire* (creado a iniciativa de G. Noiriel, M. Riot-Sarcey y N. Offenstad), con el objetivo de denunciar la instrumentalización política de la Historia y las conminaciones normativas que vienen del exterior de la profesión (de los legisladores, de los jueces o de los de los representantes de las memorias comunitarias). Ante la deriva que estaban adquiriendo las «leyes memoriales» (la retroactividad sin límites y la victimización generalizada del pasado), proclamaron que «l'histoire n'était ni une religion ni une morale; qu'elle ne devait pas être l'esclave de l'actualité ni s'écrire sous la dictée de la mémoire; que la politique de l'État n'était pas la politique de l'histoire» (Porrier, 2010: 87-88).

Por lo demás, importa recordar aquí que el punto de arranque para la incorporación historiográfica del concepto de *usos públicos de la historia*, constituido como instrumento de análisis y como perspectiva, ligada a las responsabilidades intelectuales, epistemológicas, cívicas de quienes han practicado o practican el oficio de historiador, se encuentra en los debates que durante los años ochenta del pasado siglo mantuvieron los historiadores de la República Federal Alemana. La primera genealogía y definición del concepto «uso público de la historia» (*öffentlichen Gebrauch der Historie*), procede del filósofo alemán J. Habermas quien, en 1986, y en un artículo publicado en el semanario de Hamburgo *Die Zeit* (el 7 de noviembre), señalaba que las polémicas de la *Historikerstreit* no se centraban solo en cuestiones teóricas o académicas sino «en el uso público de la historia», un concepto que en ese momento, debía referirse a «cómo debía asimilarse por la conciencia pública alemana el

periodo del nacionalsocialismo», distinguiendo el tratamiento propiamente historiográfico de los especialistas de su utilización en el *espacio público* o la *esfera pública*, cuestionando, a la vez, el *revisiónismo* de la historia reciente alemana y de las interpretaciones del nazismo que comenzaba a asomar en el escenario.

No deja de ser legítimo adaptar a esta formulación, ya clásica y canónica, un escenario español actual en el que, veinte años después, ya desde hace una década, más o menos, se despliega de modo tan visible, y comparable, tanto la historiografía sobre la República, la guerra civil y el franquismo como, a la vez, los usos públicos o memoriales, diferentes, de estos periodos del pasado reciente colectivo de los españoles. El problema de la asunción del pasado, como tal, puede ser análogo, por muchas diferencias que encontremos en la cronología y en los materiales, tanto del propio pasado como del presente que lo ha de interpretar.

Todo aconseja aplicar tanto el concepto de *usos públicos de la historia*, como la distinción en sus grados y funciones de legitimidad, a esa cierta saturación de relatos históricos sobre nuestro pasado reciente que puede abrumar o desconcertar a los ciudadanos, construida desde un *relativismo* cognoscitivo cultural y políticamente interesado. La participación de las mayorías ciudadanas en el nazismo, el conocimiento de lo que en la esfera pública ha sido condenado, desde el colaboracionismo de Vichy hasta las posteriores guerras coloniales en Francia, ha quedado establecido, podemos decir, como verdad histórica o consenso histórico mayoritario, por la mayoría de la profesión, pero también es un convencimiento cultural y social mayoritario socialmente, al que ha llevado la práctica profesional en sociedades democráticas de ese «correcto» uso público de la historia que reclamaba Habermas.

### **Pasado, presente y futuro: inercias y tensiones en la historiografía española contemporánea**

Una serie de obras de historia cultural e historia de la historiografía europeas (Burrin, D'Elia, Galasso, Angelini, Ringer, Cornelissen o Moses), nos vuelven a adentrar en el corazón de unas comunidades de historiadores que tienen interiorizada la autocrítica como base de la cohesión interna del oficio y la consideran una de sus primeras responsabilidades profesionales. Y precisamente porque en Alemania el estudio del pasado de la profesión no es un «extraño», su caso puede ser paradigmático de los debates que, desde la complejidad de actitudes y contextos, se están sucediendo en Gran Bretaña, Italia o Francia.

En efecto, las nuevas promociones de historiadores alemanes que conciben la *responsabilidad* no sólo como una reacción derivada de la culpa, sino también como una forma de afirmación de la verdad de la historia como disciplina científica, se han

sentido obligados a vincular las investigaciones sobre su más reciente y agitado pasado con el cuestionamiento del papel de los historiadores envueltos en el nacionalsocialismo. Sin olvidar, los más demoleedores ataques a las imágenes oficiales construidas por los grandes maestros de la posguerra y los discípulos que les sucedieron desde mediados de 1960 (polémicas generadas por los trabajos de H.-U. Wehler, P. Schöttler o N. Berg). Por el contrario, los historiadores españoles contemporáneos parecen seguir bajos los efectos provocados por la *segunda hora cero* de la memoria profesional surgida de la Transición. Instalados en una especie de negativa a cuestionar la historia de la profesión, en asuntos relativos a la historiografía franquista las posturas están muy decantadas. Existen profesionales cuya acusada alergia a reconocer antecedentes en los historiadores de la dictadura les lleva a rechazar directamente su presencia como parte de una historia de la historia española que consideran de «escaso interés» para sus investigaciones. Y los hay, sin embargo, que mantienen una persistente actitud de «complicidad» con los miembros de la comunidad que les precedieron.

Esta segunda forma de narrar el pasado de la profesión ha favorecido el desarrollo de un territorio historiográfico alejado de la crítica. Un espacio más sentimental que científico cuyos inevitables matices y perfiles equívocos abarcan desde la «novela familiar» freudiana hasta la evocación agradecida, el ánimo apologético y la simpatía tolerante. Se trata de una literatura de «opiniones» y «primeras impresiones» exculpatorias dedicada a documentar las imágenes preconcebidas de sí mismos y las intachables sociologías de la fama construidas *a posteriori* por unos historiadores que, como refuerzo de sus olvidos y silencios, se acostumbraron a matizar su *colaboración* con la aplicación de la idea del *exilio interior* y a excusar su *comportamiento* con la declaración pública de sus ideologías de «toda la vida».

De esta manera, mediante la utilización de resortes ajenos a la especialidad historiográfica pero aplicados sobre ella, esta versión española de la *historiografía retrospectiva* (Marín Gelabert, 2005 y 2010) ha consolidado una nueva *censura de campo* a través del control de los recursos necesarios (departamentos, publicaciones periódicas, circuitos editoriales o memorias institucionales). Por descontado no se trata de ninguna operación interpretativa, sino más bien de apropiaciones gratuitas de imágenes biográficas y asociaciones caseras a cánones ideológicamente prefijados. Desde 1990 en adelante, esto ha generado un subgénero pseudo-historiográfico y facilitado el desarrollo de una tendencia singular de nuestras actuales historiografías «oficiales» capaz de provocar todo un conjunto de solidaridades afectivas y la abierta repulsa a las pocas obras que se hacen preguntas sobre las responsabilidades individuales de los autores que adquirieron prominencia en el franquismo.

A mi juicio, esta situación se explica por el contagio irresponsable de una parte de la profesión con el virus del relativismo intelectual que convalida cualquier relato como relato posible al opinar que cualquier creencia sobre algún tema, o quizás sobre cualquier tema, es tan buena como cualquier otra. Algo epistemológicamente insostenible pero cuyas mutaciones aleatorias permiten encadenar lo señalado hasta aquí con dos de los fenómenos historiográficos recientes que están distorsionando el desarrollo de la historia y la profesión de historiador entre nosotros: el primero de ellos estaría relacionado con las actitudes de un reducido número de historiadores que, después de 2000, comenzaron a salir de los armarios académicos donde permanecían discretamente enquistados para asumir los juicios de valor del peor *revisionismo histórico*. Mientras que el segundo quedaría vinculado al fenómeno general de la patrimonialización política del pasado, a sus efectos localistas y a la compartimentalización de la comunidad profesional derivada de los diferentes procesos de nacionalización de las historiografías del Estado, iniciados en el decenio de 1990.

Un panorama de almas gemelas en el que cabe advertir, de entrada, la abierta promoción del grupo de los «revisionistas blandos». Dentro de la amplia literatura generada por el tema, cabe advertir que, la distinción entre un revisionismo «*hard*» y un revisionismo «*soft*», «bien plus important que le premier, et qui balaie tout sur son passage» (Robin, 2003: 197). Por lo demás, en 1996, el filósofo de la historia italiano Domenico Losurdo publicó *Il revisionismo storico*, una original investigación que entroncaba los orígenes del fenómeno con la cultura liberal y rastreaba su desarrollo en el seno de las democracias occidentales. Mientras que, en tiempos de narrativas y discursos, Aviezer Tucker ha realizado una llamada a la científicidad de la historia frente a la alternativa que supone la invención terapéutica de la historia que prefiere terapia a verdad:

The conflation of a historiography constituted of scientific, cognitive values with pre-critical historiography is underlaid by an even deeper misunderstanding of the nature of historiographic research, a confusion of historiography with textbooks about the past. Literacy critics may claim that there is nothing outside the text, that text is all we have. But in historiography, including the historiography of literature, we certainly have far more than self-contained historiography texts. The text refers through footnotes to evidence. The historian infers historiography from evidence, and documents it by means of the footnote. The alternative is the therapeutic invention of historiografía, preferring therapy to truth, and concluding with “Springtime for Hitler” (Tucker, 2008: 14).

A día de hoy, en la comunidad historiográfica española también parecen renacer los intentos por recrear una nueva «Primavera para Franco». Las tesis revisionistas están siendo divulgadas por un abanico de historiadores profesionales formado por grupúsculos y personalidades muy distintas: empezando por un número cada vez más limitado de eméritos historiadores franquistas refugiados en la Real Academia de la Historia y unos cuantos hispanistas muy veteranos y de reconocida militancia conservadora. A estos, se les han unido algunos jóvenes «neoliberales» y «neofranquistas», varios seniors desencantados de la socialdemocracia y un puñado de recién incorporados a la profesión deslumbrados por las modas. Todos ellos constituyen la versión española más actualizada del revisionismo «*soft*» que asola la historiografía internacional. Alejados de la originalidad historiográfica, sus ideas presentan una genealogía remota que entronca, bien con la propaganda franquista de la década de 1940, o bien con las tesis divulgadas por la historiografía conservadora internacional de los años cincuenta y sesenta. Después de todo, la ampliación impulsada desde los medios y el mercado editorial de un público ansioso por creer estas «verdades» contrapuestas a los «engaños habituales» escritos por los «otros» historiadores profesionales, les ha proporcionado la oportunidad de trivializar cuando no de negar la realidad del pasado de la guerra civil y el franquismo, mediante la reutilización de una retórica antimarxista que justifica la valoración igualitaria de los acontecimientos y las manifiestas teorías del caos, el desorden, la violencia, el grado de lealtad y la conspiración republicana.

Más aún: alumbradas sus polémicas a la luz de términos políticos de un presente que se cree perpetuo, los debates historiográficos sobre el Estado y España como nación de naciones les ha permitido volver a resucitar la idea de *cultura nacional* en su versión más unívoca e inmutable. Seguramente, desde la añoranza del mito del *carácter nacional* español y la negación de una historia atenta a la fragilidad del presente y la multiplicidad de los futuros posibles. En perspectiva caballera, sin duda, se trata de diferentes fuegos de un incendio intelectual que entronca con el más universal e inquietante fenómeno de los *revisionismos históricos* internacionales. Pero vistas las cosas a ras del suelo de nuestra historiografía, uno está tentado de interpretarlo también como un reflejo de las líneas de continuidad mantenidas por la fracción más conservadora de la profesión con su pasado más reciente.

En este contexto, tampoco nos resistimos a dejar de pensar en las inercias heredadas del modelo profesional franquista cuando se intenta comprender el actual panorama de una historiografía condicionada por la creciente politización de la historia y por el apasionado sentimiento de patrimonialización particularista del pasado que ha

invadido a la sociedad española contemporánea. Mucho más complejo que el anterior, este segundo fenómeno estaría relacionado, de entrada, con los efectos provocados por algo que ya se ha señalado anteriormente: la «demanda social» del «*expertise sur le passé*» surgida desde el espacio político a partir de los años noventa. En la práctica, la creación de un mercado oficioso de la historia paralelo al universitario, ha establecido una zona fronteriza caracterizada por la aparición de un heterogéneo grupo de «historiadores cortesanos». Su naturaleza e instintos camaleónicos les ha permitido crecer diseminados por la topografía autonómica en una escala cromática que incluye desde autocomplacientes catedráticos universitarios a eruditos locales de muy segundo orden, pasando por antiguos animadores culturales. En sus diferentes versiones –desde la más vulgar a la más refinada y noble– estos expertos del pasado se han asociado a los políticos con derechos de profecía y gobierno para convertirse en una especie de «nuevos historiadores oficiales» dedicados a gestionar más que la historia, las distintas «políticas de la memoria identitaria» inventadas por los partidos en el poder. Así, apoyada en los abundantes recursos públicos, la prensa de parroquia y las opiniones de los advenedizos ansiosos, la rueda de la fortuna de la historia ha vuelto a girar hasta el espacio donde es comprendida como un simple medio para el adoctrinamiento político.

A partir de esas premisas y de su corolario más inmediato (la nación y el nacionalismo continúan como un marco de referencia fundamental que determina la politización de la historiografía en la España de la primera década del siglo XXI), resulta imposible dejar de mencionar las tensiones que en el seno de la profesión está provocando la *cuestión nacional*.<sup>2</sup>

En la comunidad profesional española, importa señalar que el decenio de 1990 presenció la articulación de un horizonte político-cultural nacionalista que, sin distinción de especialidades y áreas de investigación, comenzó a determinar la vida intelectual y a definir la producción profesional de una parte importante de los historiadores españoles. Entender su desarrollo desde entonces es complicado. Primero, porque hay demasiadas preguntas que no son de fácil respuesta acerca del protagonismo de unas generaciones que se implicaron en la disidencia política y los espacios libres de la historiografía antifranquista –digamos la que surge en torno al decenio de 1965 a 1975–, o sobre la autoridad moral de quienes, ante las incertidumbres generadas por las

---

<sup>2</sup> En el plano internacional, los nuevos posicionamientos, tendencias y formas de representación de la historiografía profesional de las naciones en el libro editado por Stefan BERGER y Chris LORENZ (eds.), *The Contested Nation: Ethnicity, Class, Religion and Gender in National Histories*, Houndmills, Palgrave Macmillan, 2008; y el de Tibor FRANK y Frank HADLER (eds.), *Disputed territories and shared pasts. Overlapping national histories in Modern Europe*, London, Palgrave-MacMillan, European Science Foundation, 2011, que centra la cuestión de las nuevas identidades de territorios intersectivos y la producción de los denominados «metarrelatos de frontera».



sucesivas «crisis» del conocimiento histórico y los cambios socio-políticos internacionales de finales de 1980, se han visto afectados por distintos síndromes identitarios. Y segundo, porque en los casos más regresivos, este proceso repleto de engaños intelectuales, dolorosos silencios profesionales e incompatibilidades ideológicas sobrevenidas, amenaza con romper la lógica de la homogeneidad profesional.

Los síntomas son claros, si bien se mira: por un lado, al confundir el irrenunciable aspecto militante ligado a la función social de la ciencia histórica y el compromiso intelectual con que el historiador debe ponerse al servicio de las ideas de objetividad y verdad (entiéndase veracidad, distanciamiento científico, ejemplaridad, honestidad y/o integridad) con las obtusas *historiografías de partido* que combinan explícitamente el compromiso histórico con el activismo político. Alimentados por el convencimiento de ser la vanguardia de las naciones, estos *revisionismos partisanos* se vinculan a la realización de ciertas ideas esenciales y respecto al cumplimiento de las cuales la investigación histórica se convierte en un arma y una bandera reivindicativa de unas *identidades estáticas*. Por otro lado y por razones similares, al transformar lo que debían ser tendencias y querellas historiográficas en confrontaciones de bandos y polémicas políticas entre los historiadores nacionalistas y los otros. Confortable y casera delimitación utilizada para alinear en el costado de enfrente a los que se reconocen como «distintos»: los autóctonos que no necesitan demostrar su *pertenencia o identidad* y los historiadores foráneos del resto del Estado.

Y viceversa. De hecho, tratándose de un pecado mayor y una tentación difícil de evitar para casi todos –comprendidos los descreídos y los desencantados de la nación–, también parece claro que las miradas en el «espejo de alteridad» desde este lado, pudieran tener algo de reflejo inquisitorial y mucho de torpeza acomodaticia ante el esfuerzo que significa, junto al replanteamiento de los conceptos de *cultura e historia nacional*, modificar el canon fosilizado de la historiografía española –y por ende de «nuestra» idea de España–.

Desde luego, tanto una cosa como la otra, han servido para justificar la instrumentalización de las partes, las miradas exclusivas hacia la normalización interior, la aparición del retraimiento institucional y el debilitamiento de las redes de comunicación e intercambio profesional. Pero no sólo eso. El esfuerzo por elevar fronteras diferenciales se ha acompañado de la creación de compartimentos estancos entre las historiografías de las naciones del Estado español. A los efectos, en el espacio disciplinar de los estudios historiográficos se observa, con idéntica intensidad, dos cosas: por un lado, que nos hallamos ante unas historias de fragmentos que avanzan y retroceden de acuerdo a unos tiempos propios y un utillaje conceptual particularizado (muy alejado en su sentido y significados del

utilizado por la historia de la historiografía internacional); y, por otro, que los relatos se han elaborado desde los mecanismos y objetivos característicos de la *historiografía retrospectiva*.

Cuando vamos derechos hacia el final de nuestra intervención, recordar el sentido de la responsabilidad de los primeros *maestros de la historia* ante los mitos y la sacralización del pasado con que se enfrentaron, puede que tenga algo de añoranza y más, incluso, de tentación glorificadora de la historiografía de aquel período; pero no deja de ser una buena guía para definir y calibrar la responsabilidad del historiador en nuestro presente. Y eso, porque en la historia de la historia importan más las categorías con las que trabajan los historiadores que sus sentimientos y, quizás, porque a día de hoy tenemos muchos nacionalistas, troquelados en los más variados moldes ideológicos de los nacionalismos estatal y autonómicos, este primer decenio del siglo XXI podría ser un buen momento para que los historiadores en España volviéramos a mirar hacia la historia a través de los valores de la profesión. Por descontado, para criticar las manipulaciones políticas del pasado desde la convicción colectiva de que, en el presente, de todos los posibles «usos públicos de la historia» el «político es el más determinante, pues permea todos los demás y, en sus formas extremas, es el que degrada a la historia, transformándola en una historia meramente instrumental, sin más razón que su utilidad para ser usada» (Carreras, Forcadell, 2003: 14). Pero sobre todo, porque la historia puede ser redimida de ese empleo instrumental, a condición de recuperar la extraordinaria complejidad del pasado mediante la asimilación crítica de las responsabilidades basadas en la «autocompresión» (*Selbstverständniss*) del historiador (Pandel, 1993: 346-354).

## REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- BARRET-KRIEGEL, Blandine (1988), *Les historiens et la monarchie. 1. Jean Mabillon*, Paris, PUF.
- CARRERAS ARES, Juan José; FORCADELL ÁLVAREZ, Carlos (2003), «Introducción. Historia y política: los usos», en J.J. Carreras y C. Forcadell (eds.), *Usos públicos de la Historia. Ponencias del VI Congreso de la Asociación de Historia Contemporánea (Universidad de Zaragoza, 2002)*, Zaragoza, Prensas Universitarias de Zaragoza, pp. 11-45.
- DE BAETS, Antoon (2009), *Responsible History*, New York-Oxford, Berghahn Books.
- DUMOULIN, Olivier (2003), *Le rôle social de l'historien. De la chaire au prétoire*, Paris, Albin Michel.
- FEBVRE, Lucien (2009), «Vers une autre histoire», *Combats pour l'histoire*, en el volumen recopilatorio *Lucien Febvre. Vivre l'Histoire*, édition établie par Brigitte Mazon et préface par Bertrand Müller, Paris, Robert Laffont-Armand Colin, pp. 357-374 (1949<sup>1</sup>).
- GALLERANO, Nicola (a cura di) (1995), *L'uso pubblico della storia*, Milán, Franco Angeli.
- GROOT, Jerome de (2009), *Consuming History. Historians and Heritage in Contemporary Popular Culture*, London-New York, Routledge.
- HABERMAS, Jürgen (1981), *Historia y crítica de la opinión pública: la transformación estructural de la vida pública*, Barcelona, Gustavo Gili (1962<sup>1</sup>).
- HARDTWIG, Wolfgang (2010) *Verlust der Geschichte-oder wie unterhaltsam its die Vergangenheit?*, Berlin, Vergangenheitsverlag.

- HOBBSAWM, Eric J. (2002), *Años interesantes. Una vida en el siglo XX*, Barcelona, Crítica.
- MARÍN GELABERT, Miquel À. (2005), *Los historiadores españoles en el franquismo, 1948-1975. La historia local al servicio de la patria*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2005
- MARÍN GELABERT, Miquel À. (2010), «A través de la muralla. Jaume Vicens Vives y la modernización del discurso histórico», en J. VICENS VIVES, *Aproximación a la Historia de España*, Barcelona, Editorial Vicens Vives, págs. 1-162.
- MORETTI, Mauro (2006), «Archivi e Storia nell'Europa del XIX secolo. Un discorso introduttivo. Alle radici dell'identità culturale europea», en Irene Cotta e Rosalia Manno-Tolu (a cura di ), *Atti del convegno internazionale di studi nei 150 anni dall'istituzione Archivio Centrale*, Firenze, Ministero per i Beni e le Attività Culturali. direzione Generale per gli Archivi, 2006, pp. 7-28.
- OFFENSTADT, Nicolas (2009), *L'histoire bling-bling. Le retour du roman national*, Paris, Stock.
- PANDEL, Hans-Jürgen (1993), «Wer is ein Historiker? Forschung und Lehre als Bestimmungsfaktoren in der Geschichtswissenschaft des 19. Jahrhunderts», en Wolfgang Küttler, Jörn Rüsen y Ernest Schulin (Hgrs.), *Geschichtsdiskurs. Grundlagen und Methoden der Historiographiegeschichte*, Frankfurt am Main, Humanities Online, pp. 346-354
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (2004), «La consagración de la memoria: una mirada panorámica a la historiografía contemporánea», *Ayer*, 53, pp. 179-205.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (2006), *Los Guardianes de la Historia. La historiografía académica de la Restauración*, Zaragoza, Institución «Fernando el Católico», 2006, pp. 323-346
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (2008), *La Guerra de la Independencia y sus conmemoraciones (1908, 1958, 2008). Un estudio sobre las políticas del pasado*, Zaragoza, «Fernando el Católico.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (2013a), *Historiadores en España. Historia de la Historia y memoria de la profesión*, Zaragoza, Prensas de la Universidad de Zaragoza.
- PEIRÓ MARTÍN, Ignacio (2013b), «La cultura», en Jordi CANAL (coord.), *España. Tomo 3. La apertura al mundo, 1880-1930*, Madrid, Fundación Mapfre-Taurus (col. América Latina en la historia contemporánea) (en prensa).
- PORRIER, Philippe (2010), «L'histoire contemporaine», en Jean-François Sirinelli, Pascual Cauchy y Claude Gauvard (dirs.), *Les historiens français à l'oeuvre, 1995-2010*, París, Presses Universitaires de France, pp. 73-91.
- ROBIN, Règine (2003), *La mémoire saturée*, París, Éditions Stock.
- SALMON, Christian (2011), *Storytelling. La máquina de fabricar historias y formatear mentes*, Barcelona, Península.
- STERN, Fritz (2003), «Los historiadores y la Gran Guerra», en *El mundo alemán de Einstein. La promesa de una cultura*, Madrid, Paidós, pp. 211-235.
- TODOROV, Tzvetan (2002), *Memoria del mal, tentación del bien. Indagación sobre el siglo XX*, Barcelona, Península.
- TRAVERSO, Enzo (2012), *La historia como campo de batalla. Interpretar las violencias del siglo XX*, Buenos Aires, FCE.
- TUCKER, Aviezer (2008), «Historiographic Revision and Revisionism. The Evidential Difference», en Michal Kopecek (ed.), *Past in the Making. Historical Revisionism in Central Europe after 1989*, Budapests–New York, Central European University Press, pp. 1-15.